

RAZÓN DE EXISTENCIA



VENIMOS a reanudar una labor emprendida hace tiempo.

La negación por los partidos obreros y socialistas de Europa de los altos ideales de

humanidad que venían consagrando con persecuciones y sangre de apóstoles y mártires; la salvaje regresión al estado de animalidad primitiva, en el cual hombres y pueblos se acometían hasta el exterminio, o la violenta transformación efectuada en las almas de pacíficos ganadores del pan cotidiano o de doctos y mansos investigadores de la ciencia de la vida, de entusiastas propagandistas de doctrinas de equidad, que los tornó en el espacio de días en fieros destructores de cuanto estuviera al alcance de sus instintos pasionales, pudieran haber atenuado nuestra confianza en el ideal de épocas mejores, nuestra fe en las energías para el bien, nuestro optimismo en los resultados del esfuerzo colectivo, razonador y consciente.

Pero si es cierto que las conquistas del derecho han fracasado o sido repudiadas en Europa, en América, en esta América nuestra para la cual escribimos, apenas si puede encontrarse explicación a la tremenda contienda de intereses que ha diezmando y está agotando a las nacionalidades de otro hemisferio, y son nacientes sus problemas similares.

La hora todavía es propicia a la siembra de fundamentales principios. El pavor difundido por los ecos de la lucha que se libra en latitudes lejanas, acaso tenga de saludable que despierte entre nosotros el espíritu de solidaridad fraterna, que fue factor en el pasado de la liberación de un mundo.

Hablamos de la general corrupción de los políticos de América, de la debilidad suici-

da de sus rebaños sociales y comienza a hablarse de la inutilidad, cuando no del peligro, de su mendicante diplomacia. Pero se habla sin indicar remedio, sin cauterizar lacras para que el mal no se extienda y extermine.

Cierto es que el patrimonio que hubiera sido nuestra herencia de libertad y democracia, quedó estancado casi al punto de desaparecer del escenario del mundo los grandes caudillos que lo crearon. Cierto es que las augustas sombras de Hidalgo, Bolívar, San Martín, no han protegido nuestra herencia. Cierto es también que cumpliéndose la profecía fatídica del Libertador por antonomasia, nuestros pueblos han pasado, y algunos permanecen en ellos, por despotismos disolventes y rapaces que han hecho ya axiomático el concepto de que las naciones de Europa "no se dignarían conquistarnos." Pero los pueblos subsisten. Los mismos pueblos que en Ayacucho, semidesnudos y famélicos, ponen fin a la dominación de España en el Continente y, por mano de Sucre, extienden su generosidad hasta perdonar a los últimos y más arrogantes representantes de un cautiverio de tres siglos, los mismos que en el Cerro de las Campanas convierten en corona de espinas la enjoyada de una monarquía extemporánea; los mismos que con la frecuencia de sus movimientos rebeldes contra la opresión, han permanecido diciendo cómo les es necesaria y amada la atmósfera de libertad en que sus antepasados respiraron.

A esos pueblos nos dirigimos. Les explicaremos la urgencia de su unión dentro del propio territorio y de su confederación con los vecinos. Glosaremos el tecnicismo de su soberanía, para estimularlos a la acción. Intelectuales y laborantes manuales

deben unirse en cada República, para fraternizar y cooperar con sus compañeros de otras Repúblicas. La actuación oficial, sospechosa en la mayoría de los casos, está sobrante. La diplomática, costosa y ridícula, debe desaparecer y ser sustituida por el

trabajo de los Cónsules, agentes comerciales e industriales.

Tal es nuestro programa, en cuanto a política: substituir la acción de los Gobiernos, buenos o malos, por la de los pueblos; pedir para los primeros, el apoyo de sus comitentes y la resistencia activa, colectiva y razonada, para los segundos. Formar una liga continental para la paz y el bienestar humanos, con los intelectuales y productores de todos los países de la América hispana. Matar el aislamiento en que viven. Enseñarles a confiar en la cooperación de sus hermanos, para repeler toda amenaza.

En cuanto a cuestiones de otro orden, esta revista aspira a ser tribuna de los mejores exponentes del saber moderno. Hasta ahora sólo han sido escuchados y atendidos los periódicos que se publicaban o publican en Estados Unidos, no siempre honestos en sus procederes y muchos de ellos sanguijuelas del tesoro de los países indo-áfrico-latinos, y de la vanidad de sus gobernantes.

Queremos que el sitio de la tribuna se traslade a un país hispanoamericano, el más septentrional y cercano al de inicuas explotaciones. Queremos que desde aquí se difunda lo que es exclusivamente nuestro en buen decir, hidalguía, propósitos y cooperación honrada. Queremos que todos los escritores americanos sepan que tienen un órgano de publicidad tan suyo para los habitantes de la región austral como para los escritores de Centro y Norte América. Y queremos que se sepa que a ese esfuerzo de trabajo, hispanoamericano y "Pro América", están dedicados, sin limitaciones, capitales y voluntades de México, que han honrado al suscrito con la dirección de esta revista.

Luis R. Guzmán